

Áspero y sentimental

José Luis Alvite



Firmas con ojos

Es fácil interpretar los lazos que unen a un escritor con sus lectores, pero cuando uno se planta en la Feria del Libro de Madrid para firmar ejemplares de su libro, descubre que, al margen de la pura afinidad literaria o de la simpatía coyuntural, puede haber en los textos del autor matices que retratan en los personajes de su obra los rasgos emocionales de muchos de sus seguidores. Con "Almas del nueve largo", como antes con "Historias del Savoy", he podido percibir en El Retiro madrileño la afluencia de personas que se sienten interesadas en la manera de narrar, y sobre todo, lectores que si simpatizan conmigo no es por mi trato personal,

o por la relativa popularidad que pueda haber alcanzado, sino porque se sienten emocionalmente identificados con las decepcionadas criaturas de ese áspero mundo de elegantes perdedores en cuya existencia no hay una sola desgracia, por terrible que parezca, de la que no pueda desprenderse un destello de efímera esperanza o una frase que le añada al fracaso ese tardío y sutil toque de elegancia que convierte a veces la muerte en empaque. Jóvenes y mayores, hombres y mujeres, caedráticos y estudiantes, chicos buenos y ofuscadas muchachas en la cuerda floja, señores encorbatados y otros que parecían salir de una surrealista playa manchega, de todo un poco hubo en la agradable liturgia ferial, pero en todos ellos he creído ver el denominador común de sentirse identificados con los rasgos existenciales de algu-

no de esos tipo marginales del Savoy que suelen compartir la idea de que el éxito no es otra cosa que un fracaso afortunado. En el tradicional acto de la firma de ejemplares, he mirado a los ojos a todos y a cada uno de mis lectores allí presentes y en la medida que lo permitía el tiempo disponible para ello, he procurado conocer sus impresiones, agradeciendo con cierto engorro los halagos y admitiendo con absoluta sinceridad las objeciones, todas ellas referidas a esa discontinuidad productiva que, curiosamente, se ha convertido en el rasgo más conocido de mi personalidad. No he llegado a establecer una conclusión estadística sobre el perfil sociológico de mis lectores, pero creo haber recibido el mensaje de que cuando les hablo del sufrimiento, del fracaso, del desencanto y de los vicios, del ostracismo y de la natural amo-

ralidad de la gente del subsuelo, los lectores consideran como algo propio las circunstancias y los personajes, algunos, como si de ellos mismos se tratase en las historias, otros, tal vez porque puedan haber coincidido conmigo en la agri dulce sensación de que las flores están incompletas sin las avispas o porque estén conformes con la idea de que la luz es más admirable y más valiosa cuando surge, breve y súbita, como el incandescente y lacónico eslogan de un disparo, en medio de la más rotunda oscuridad. A falta de que Alejandro Diéguez, mi fraterno editor, recopile los datos indispensables para trazar un perfil más concreto y fiable de mis lectores, iré tirando con la legítima satisfacción de haber identificado entre ellos a gente de un espectro ideológico, económico y cultural muy diverso, pero todos ellos con el rasgo común de profesar cierta afición a los personajes sin suerte, sin fe y sin estatutos, como les ocurre a las desencantadas criaturas del Savoy, que suelen ser hombres y mujeres atrapados entre la fatality y la muerte, elegantes rehenes de una tristeza indolora y resignada que les permite afrontar el porvenir sin esperanza y sin rabia, conscientes, maldita sea, de que los lectores se mostrarán compasivos con ellos y les serán de inestimable ayuda a la hora de permitirse ese tardío arranque de digna claudicación que hace que un hombre acepte el anonimato como un distintivo rasgo de inútil y elegante grandeza. Cuando uno se sienta en una caseta del Retiro madrileño a firmar para sus lectores, se da cuenta de que todos somos más parecidos de lo que imaginábamos. En el fondo, a nadie se le escapa que la vida no es otra cosa que una carrera desigual en cuya meta todos, absolutamente todos, estamos abocados e entrar ex aequo con la muerte, con la única diferencia de que las criaturas del "Savoy" saben que morirse es una buena razón para haber vuelto a casa tan tarde y tan arrugado.

Gogue

VAIA ESTILO, VAIA MOVIMENTO, VAIA CORPO, BAILÁS MELLOR QUE TRILLO!!!

NOON, ¡¡O BAILARÍN DA ILLA!!!

¿O EXMINISTRO?

A Trillo, Bailarín da Illa de Arousa. - Gogue

